BIBLIOTECA CENTRAL

XXII

Bajó al salon Lazarine en cuanto sonó la tercera campanada.

Conforme habia ofrecido á su marido, estaba muy bella.

Habia en su traje mucha elegancia, y sin embargo era muy sencillo.

Llevaba una bata de *foulard* de la india rosa pálido, y de tela sencilla, vestida ó mas bien desnuda, cuanto era posible esperar para recrear la vista; jamás traje cerrado fué mas indiscreto; el *foulard*, de provocante suavidad, se adhería como una segunda piel á sus brazos, garganta y espaldas; no se adivinaba corsé; el busto de la jóven estátua perfilaba libremente los contornos.

Una pequeña cinta de terciopelo negro, que una gruesa perla ataba al cuello, indicaba de un modo preciso donde acababa la tela y donde empezaba la carne.

Una estrecha enagua le ceñía las caderas, y casi sin pliegues marcaba hasta los tobillos y las piernas, á la vez redondas y finas. Los cabellos, peinados hácia arriba, formaban un pronunciado moño, reunidos en masa en lo alto

de la cabeza, con un desórden calculado que hacía valer su riqueza.

Por un capricho de mujer hermosa y excéntrica, Lazarine, cuya vista era penetrante, llevaba colocado en el ojo derecho un lente de concha-ambar, el cual daba á su mirada una adorable expresion de impertinencia.

El señor de la Tour du Roy se encontraba en el salon con los dos artistas. Los tres se levantaron al entrar Lazarine.

El marqués se estremeció. El traje con que se presentaba su mujer le parercia demasiado ligero.

No se dió, sin embargo, por entendido.

—Querida amiga, os presento al señor Laurent Videl, artista á la moda, cuyas obras habeis admirado en Paris, y que se digna honrar nuestra casa con las maravillas de su talento.

Lazarine se inclinó.

—Agradecemos y estimamos mucho el honor—contestó,—y el señor Laurent Videl puede contar con nuestro reconocimiento.

—¡Ah! señora marquesa —exclamó el artista, —si eso que decís es cierto, y yo lo creo así, os ha de ser muy fácil demostrarlo.

—¿De qué modo?

—Permitiéndome que os haga vuestro retrato y lo exponga. Palabra de honor, sois muy hermosa, hasta la inverosimilitud, y me com-

prometo, copiando del natural, á producir una obra maestra que alcanzará uno de los mejores premios en la próxima exposicion.

—Si mi marido consiente—contestó Lazarine sonriendo,—yo no deseo otra cosa.

Laurent Videl se acercó al marqués.

El artista no era bello; pero su fealdad original y nada vulgar le hacía simpático.

Alto y delgado, su rostro estaba animado por grandes y expresivos ojos. Sus cabellos, abundantes, empezaban á encanecer. Su barba parecia la melena de un leon. Llavaba en un boton del abrigo la cinta de la Legion de Honor.

Mientras que Laurent Videl solicitaba el permiso del señor de la Tour du Roy, Lazarine habia fijado su atencion en el discípulo del artista.

Este, desde que entró la marquesa, parecia presa de una grande turbacion, y trataba de ocultarse de su maestro. Nada revelaba en él, sin embargo, una timidez crónica.

Era un guapo mozo de veinticinco años, de hermoso rostro y esbelta figura. Sus ojos negros y vivos, sus sedosos bigotes, su talle flexible, hacían de él uno de esos tipos sin verdadera distincion, pero extraordinariamente bellos que trastornaban la cabeza á muchas mujeres.

Generalmente, afectaba cierto aire atrevido

BIBLIOTECA CENTRAL

y una completa satisfaccion de sí mismo; pero en este momento el jóven parecia no encontrarse á su gusto, y como dice Lafontaine, *mas avergonzado que una zorra á quien hubiese cazado una gallina.*

Lazarine, por su parte, experimentaba una rara turbacion.

Palideció y un estremecimiento nervioso agitó sus labios.

Esto duró un momento. Sus mejillas recobraron su color, cesó el temblor y una sonrisa se dibujó en sus labios. Esta emocion dominada con tanta rapidez no fué notada por el marqués ni por Laurent Videl, que consiguió, por fin, un respuesta agradable á su deseo.

—Gracias, mil gracias—exclamó estrechando con efusion las manos del marqués.—Me haceis verdaderamente dichoso. ¡Ah! ¡como siento el retrato! una maravilla. ¡Un esfuerzo sebrehumano! Pintaré á la señora marquesa de blanco sobre fondo blanco. Nada mas que blanco. El mérito está en vencer la dificultad.

Un segundo despues, continuó Videl:

—Algo tarde me acuerdo; pero en mi entusiasmo como amante de lo bello, he faltado á uno de los mas estrictos deberes de la mas elemental cortesía. Permitidme, señora marquesa, la honra de presentaros á mi discípulo y